

## LA ANÉCDOTA DE LAS SEIS PALABRAS<sup>1</sup>

ADOLFO STURZENEGGER

Los hechos que voy a relatar hoy sucedieron hace 30 años. Sin embargo, prácticamente nadie los conoce porque, en tan largo plazo, sólo en dos o tres oportunidades muy íntimas, me permití recordarlos. Tan pocas personas los conocen que le he pedido a mi hija mayor que hoy viniera a escucharlos por primera vez. ¿Porque he guardado tanta reserva? Creo que ha sido porque fue un episodio personal excepcionalmente gratificante para mí, y uno trata de no comentar mucho acerca de lo que le va bien. Pero como el verdadero héroe de ese episodio fue Horacio hoy, en este homenaje, debemos comentarlo.

Este relato lo llamo la anécdota “*de las seis palabras*”. Sin embargo puede también llamarse, “*la fuerza irresistible de las conductas morales*”.

Pero vayamos a los hechos. Era Agosto de 1976. Pleno proceso militar. La Universidad intervenida y conducida por oficiales militares. La nuestra por un oficial de la marina.

Meses antes, cuando irrumpió el proceso militar, se había procedido a separar a destacados profesores de esta Universidad. En nuestra Facultad perdimos el excelente aporte de Héctor Dieguez. Horacio y yo éramos profesores con semidedicación, y en ese Agosto yo era Director del Instituto de Investigaciones Económicas. Varios años antes Horacio había sido Decano de la Facultad y había logrado elevar formidablemente el nivel académico de la misma. Recuerdo que antes de él había un solo profesor con dedicación exclusiva. Se decía que no podía haber más “*porque no había recursos*”. Durante la gestión de Horacio, con esos mismos recursos, la Facultad pasó a tener 17 profesores con dedicación exclusiva.

Un lunes a la tarde, recibí en el Instituto un llamado del Decano de la Facultad pidiéndome que vaya a su despacho. Cuando salía para allá noté que Horacio estaba observando que me iba al decanato. Me pareció que lo hacía con inquietud.

---

<sup>1</sup> Relato presentado por Adolfo Sturzenegger en la sesión de homenaje a Horacio Núñez Miñana en la XL Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política realizada en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de la Plata el 18 de Noviembre de 2005.

El Decano, Dr. Raúl Granoni, un prestigioso jurista de esta ciudad y un hombre altamente educado, me comunicó que esa mañana el Rector de la Universidad había firmado una resolución por la cual se me separaba de la Universidad. Me comentó que los motivos no estaban especificados. Inmediatamente agregó que cuando el Rector le adelantó la firma de tal resolución, él, el Decano, le solicitó lo siguiente: “que demorara hasta el día jueves el dar a conocer la misma porque quería hablar conmigo y darme la oportunidad de que yo renunciará como profesor, en cuanto él pensaba que sería más conveniente para mí la renuncia que la separación”. Me comunicó que su solicitud fue aceptada, y que por lo tanto me pedía que reflexionara al respecto con tiempo hasta el jueves, repitiéndome lo de la conveniencia para mí de poder contar con la posibilidad de la renuncia.

Me quedé muy sorprendido, pero inmediatamente le contesté que si bien le agradecía profundamente su pedido al Rector, consideraba que tal separación era totalmente improcedente, había obtenido mi cátedra por concurso, que no la aceptaba en nada, y que bajo ningún concepto iba a renunciar, y que por lo tanto la única alternativa disponible era que la resolución se cumpliera y la Universidad asumiera la responsabilidad de separarme del cargo de profesor. Reiterando el Dr. Granoni que lo pensara, volví al Instituto.

Sin duda, volvía sumamente abatido. Llevaba ya 12 años como profesor. Había podido hacer mis estudios de postgrado en Harvard mientras era profesor, ayudado por la Facultad a través de un reconocimiento de haberes por dos años por parte de la misma. Tenía en ese momento tres hijos y ninguna otra perspectiva firme de trabajo. Parecía que se me venía el mundo encima.

Subí las escaleras del Instituto y antes de poder entrar a mi oficina me abordó Horacio. En ese momento pronunció sus primeras tres palabras. “¿Adolfo, qué pasó?”. Le comenté en detalle la conversación con el Decano. No me hizo una sola pregunta. Dejó que terminara, y al hacerlo dijo sus otras tres palabras: “Adolfo, yo renuncio”. No dijo más nada, y su fue del Instituto.

Después de escuchar sus últimas tres palabras me cubrió una sensación de absoluta tranquilidad. Me convencí que no había poder alguno que me pudiera separar de la Universidad, por fuerte y arbitrario que fuera ese poder. ¿Por qué? Porque la conducta moral de Horacio iba a ser una fuerza irresistible. Horacio Núñez Miñana se había puesto del lado de la decencia, de lo moralmente correcto, de lo ético, y yo, que sabía del inmenso prestigio que

tenía Horacio como intelectual, como universitario y como ser humano, sabía que la batalla ya estaba totalmente ganada.

¿Cómo se ganó la batalla? Fue simple y fulminante. Horacio llegó a su casa. Escribió su escueta renuncia como profesor de la Universidad, y esa tarde del lunes efectuó unos pocos llamados telefónicos explicando a algunos miembros de la Universidad porque renunciaba. El martes a primera hora presentó su renuncia como profesor.

Me imagino que pasó por la mente de cada profesor de la Facultad: “Núñez Miñana ha renunciado. ¿Qué voy a hacer yo? Por favor, ni lo pienso, renuncio”. Sin duda, otros amigos se jugaron entonces: M.L. Szychowski, R. Simonato, A. Porto, R.L. Murphy que era profesor adjunto en mi materia, D. Simone, que estaba haciendo su doctorado en Oxford y el martes ya había llegado su renuncia desde Inglaterra.

El miércoles a la mañana había renunciado ya más del 70% de los profesores de la Facultad, y probablemente no faltaba mucho para que se llegara a la totalidad. De hecho, en un gesto desesperado las autoridades decidieron en el mediodía de ese miércoles cerrar la mesa de entradas para no acumular más renuncias.

De cualquier forma, y ante la situación planteada, la arbitrariedad también actuó con rapidez. A última hora del miércoles el Decano volvió a llamarme y me comunicó que olvidara todo lo sucedido. Que hiciera como que la resolución nunca hubiera existido. Las renuncias quedaron de hecho retiradas. Yo por mi parte renuncié a la dirección del Instituto, y continué como profesor. Este año dicté mi curso N° 42, 30 años después de aquel episodio.

Así era Horacio. Yo, cuando él me dijo que renunciaba, me imaginé con mucha precisión el desenlace posterior. Creo que Horacio no. Su calidad moral le exigía ante cada hecho proceder de acuerdo con sus principios, con independencia de consecuencias en cualquier sentido. Gracias Horacio. Gracias a todos.